

está en decadencia como lo estaba la Grecia, cuando Demóstenes la llamaba en vano á las armas contra los Bárbaros del Norte. Pero la inquietud que inspira el poder de la Rusia no deja de ser saludable. Mantiene en guardia á las naciones contra la monarquía universal; las obliga á conservar sus fuerzas militares, que podrían inclinarse á abandonar en una edad preocupada demasiado exclusivamente por la industria y el comercio. Este es un gran bien, porque la virtud guerrera es la única garantía de la libertad de los pueblos; solamente cuando se perdiese se debería temer á los Bárbaros del Norte.

§ V.—La paz.

I.

La guerra de los Siete años fué una de las luchas más sangrientas de los tiempos modernos; pereció en ella, según los cálculos de Federico, cerca de un millon de hombres (1). Toda aquella sangre fué derramada inútilmente (2). Al final de la lucha, cada potencia se halló en el mismo punto en que había estado siempre. A juzgar por las apariencias, la guerra, no solamente no dió resultado alguno político, sino que acabó como había empezado, sin ton ni són. Lo que acabamos de decir de la Rusia se aplica también, más ó menos, á las demás potencias beligerantes. La Francia se había dejado arrastrar por el Austria á la más impolítica de las guerras; en ella experimentó desastres como no los había conocido desde las guerras de la Edad Media con Inglaterra. Se retiró aniquilada y empequeñecida. Los Ingleses se apoderaron de sus colonias de América y echaron los fundamentos de su imperio en las Indias. Ellos fueron los que recogieron los frutos de la victoria. Detengámonos un instante en el papel que desempeñaron en la guerra de los Siete años.

(1) 879.000. *Historia de la guerra de los Siete años*, capítulo último.

(2) DE GARDEN, *Historia de los tratados*, t. IV, p. 5.

La Inglaterra concedió su apoyo á Federico en nombre del equilibrio, pero, como de costumbre, el equilibrio del continente no era para ella más que un pretexto, ó, si se quiere, un instrumento de su grandeza. Más experta que su rival, empleó todas sus fuerzas en la guerra marítima y acabó por despojar á la Francia de sus más bellas colonias y por destruir su marina. En la guerra continental se limitó á pagar subsidios á la Prusia. El héroe prusiano se queja amargamente del egoísmo británico. Su testimonio merece ser atendido; no es una vana acusación: «Los Ingleses, dice Federico, esa nación afortunada y orgullosa, despreciaban á sus aliados; los miraban como mercenarios, unidos únicamente á las ventajas de su comercio. Todo lo que no se refería á este objeto, no les importaba. Así, pues, la guerra de Alemania y los intereses del rey no entraron jamás en la consideración del parlamento ni del pueblo, que desdeña todo lo que no es inglés» (1).

Durante el largo tiempo que Pitt estuvo en el poder, la Inglaterra fué fiel á sus compromisos; el gran ministro admiraba al gran rey. Pero cuando lord Bute, el favorito de Carlos III, subió al ministerio, la política inglesa cambió bruscamente. El nuevo ministro quería la paz, porque sus adversarios querían la guerra. Verdadero favorito, se proponía realzar el poder real. Pero comprendía tan poco la grandeza y la misión de la monarquía constitucional, que comenzó por cubrir á su señor de vergüenza, aconsejándole el abandonar á Federico II. Era en el momento mismo en que Federico se encontraba en el último trance. ¿Qué era de la solicitud de Inglaterra por el equilibrio del continente? Si Federico sucumbía, ¿no dominarían en Europa el Austria y la Francia? ¿No habían sostenido los Ingleses al heroico rey de Prusia, por conjurar este peligro? ¡Y ahora, abandonan su causa! Su verdadero objeto se había realizado: la Francia pedía la paz, consintiendo en abandonar sus colonias á su rival; su marina estaba destruida, su comercio arruinado. Después de esto, ¿qué importaba á Inglaterra la suerte del rey de Prusia? Hizo la paz

(1) FEDERICO II, *Historia de la guerra de los Siete años*, c. 19. (*Obras*, t. IV, p. 227.)

con Francia, sin preocuparse por los tratados que la unian á Federico.

Lord Bute no se contentó con abandonar á su aliado; intrigó en Viena y en San Petersburgo contra Federico. María Teresa se habia lanzado en los azares de una nueva guerra por reconquistar la Silesia. La Inglaterra alentó las esperanzas de la emperatriz madre; le ofreció obligar al rey de Prusia á que abandonase su presa. Si sus ofertas no fueron aceptadas, fué porque el príncipe de Kaunitz, por diplomático que fuese, no podia creer en semejante cambio de política (1). Gobernada por un favorito, la Inglaterra ofrecia el espectáculo inconstante de un gobierno absoluto. Pedro III acababa de subir al trono. Lord Bute trató de ganarlo, prometiéndole la cesion que exigiera á costa de la Prusia. El emperador, indignado de aquella proposicion, envió el despacho inglés á Federico, para hacerle ver hasta qué punto le hacia traicion la Inglaterra. Al referir aquellos rasgos de perfidia, estalla en amargas palabras la indignacion del regio historiador: «Si no guardamos miramientos en nuestras palabras, dice, es porque las acciones infames deben ser pintadas en la historia con los rasgos deformes y horribles que les son propios, aunque no sea más que para inspirar horror á la posteridad.» Sin embargo, Federico no era un moralista muy severo en materia de diplomacia: «Sabido es, añade, que un uso pernicioso ha introducido en la política ciertas *bribonadas autorizadas por la práctica comun*; ¡enhorabuena que se procure mitigarlas en la narracion! Pero faltar á la palabra á su aliado, tramar contra él complots que apenas pueden aprobar sus enemigos, trabajar con ardor en su pérdida, hacerle traicion, venderlo, asesinarlo, por decirlo así, semejantes atentados, acciones tan negras, tan abominables, deben presentarse en toda su atrocidad, para espantar, mediante el fallo que dicte la posteridad, á todos los que fuesen capaces de cometer otras análogas.»

La indignacion es legítima, la censura merecida. Pero Federico olvida que él fué el primero que enseñó aquella misma política.

(1) DOHM, *Denkwürdigkeiten*, t. I, p. 14; t. IV, p. 248.—FEDERICO II, *Memoirs*, desde 1763. (*Obras*, t. VI, p. 11.)

Aliado de la Francia, abandonó la alianza y la renovó sin consultar más que á su interes. La Inglaterra no hizo más que seguir sus lecciones, sobrepujando á su maestro. Una vez humillada la Francia, se retiró de la lucha, porque no tenía ya interes alguno en continuar en ella. La posteridad condenará á la Inglaterra lo mismo que á la Prusia. Ilustrada por los acontecimientos posteriores, añadirá á las justas recriminaciones de Federico, que la política inglesa; aun cuando estaba dirigida por un Pitt, fué tan impotente como culpable. Aquel á quien sus compatriotas llaman un grande hombre, queria anular á la rival de Inglaterra. En la paz de 1763 podia creerse que lo habia conseguido. Pero pasan algunos años, y la Francia tiene de nuevo una marina, y aunque gobernada por una monarquía decrepita, abate á su vez el orgullo de la nacion inglesa, obligándole á consentir en la independencia de aquellas colonias de América por cuya posesion habia corrido tanta sangre en la guerra de los Siete años. Pasan algunos años más, y la Francia, que Pitt creía aniquilada, llena á la Europa entera con el terror de su nombre. Es, pues, una falsa política la que levanta la grandeza de un pueblo sobre la ruina de los demas.

II.

Hé aquí la enseñanza que nos ofrece la guerra de los Siete años; si sirviese á las naciones, no sería demasiado cara, aun á costa de toda la sangre que en ella se derramó. No es ésta la única enseñanza. No es verdad que siete años de carnicería no hayan dado más resultado que terminar sin razon una guerra empezada sin razon. ¿Cuáles eran los proyectos de las dos grandes potencias del continente, Austria y Francia? Su objeto inmediato era destruir la monarquía de Federico: «Querian exterminar para siempre, dice el rey de Prusia, todo lo que llevaba el nombre de prusiano» (1). Aquella obra de venganza fracasó completamente, gracias al indomable valor de Federico II y al apoyo que le prestó la Providencia; Dios ayuda siempre á los que se ayudan á sí mis-

(1) *Obras de FEDERICO II*, t. V, p. 231.

mos. Bajo este punto de vista, la guerra de los Siete años, y Federico, que es su héroe, son el más sublime de los espectáculos; un príncipe y un pueblo que luchan por su existencia contra la Europa entera y que acaban por triunfar. ¡Aproveche la lección tanto á los fuertes como á los débiles! Si los poderosos abusan de su fuerza, es porque frecuentemente encuentran un auxiliar, un cómplice en la cobardía de los débiles. ¡La impotencia es un pretexto tan cómodo! No hay más impotentes que aquellos á quienes les falta el valor. Federico II luchó durante siete años contra la Europa conjurada para su perdición, y salió vencedor de aquella lucha desigual.

Salvando la monarquía, garantizó también la independencia de todos los pequeños Estados, porque todos estaban igualmente amenazados por la unión de las tres potencias militares de Europa, Rusia, Austria y Francia. Federico II lo hace notar en uno de aquellos libros que solía escribir, aún mientras combatía: «Si, dice, los soberanos coaligados contra el rey de Prusia llegasen á aplastarle, le tomarían tanto gusto, que bien pronto les tocaría su vez á los expectadores, y aquella poderosa liga establecería en Europa un despotismo insoportable, tiránico y vergonzoso para todas las naciones. ¿Qué sería entonces de la seguridad de las posesiones? ¿Qué soberano estaría seguro sobre su trono, y no temería verle de un día á otro derribado, y sus Estados usurpados? Reinos, electorados, repúblicas, pequeños gobiernos, ninguno tendría más que una existencia precaria, y serían todos por fin absorbidos en el abismo de aquellas potencias preponderantes» (1).

El resultado de la guerra de los Siete años, aunque negativo, fué, pues, inmenso. Si Federico hubiese sucumbido, la fuerza hubiera reinado en el continente. ¡Y la fuerza ejercida por quién! En Francia, por prostitutas; en Austria, por espíritus tan mezquinos como codiciosos. Por mejor decir, la Francia apenas se hubiera aprovechado de su victoria. ¡Cómo concebir que un Luis XV, una Pompadour, una du Barry, hubieran gobernado á la Europa! No sabían ni siquiera gobernar la Francia; su ideal, si tenían ideal, era gozar del presente. ¡Y después, que venga el

(1) Carta de un Suizo á un Genoves (*Obras*, t. XV, p. 145).

diluvio! ¿Qué importaba esto á su culpable egoísmo? El Austria es quien hubiera recogido todos los frutos de la victoria. Ahora bien: reflexiónese un instante en lo que hubieran sido Alemania é Italia bajo el régimen austriaco, sin contrapeso alguno, sin ninguna otra influencia. El pasado del Austria nos dice lo que se podía esperar del porvenir. Sistemáticamente hostil á toda libertad, comprimía todo desarrollo de las facultades del hombre, reducía á las criaturas inteligentes al estado de animales; su solicitud se limitaba á procurar á aquellos rebaños que se llaman naciones una existencia tolerable. Por lo demás, ni vida intelectual, ni vida moral, ni vida política. El despotismo más falto de inteligencia, unido á una estúpida devoción: hé aquí cuál hubiera sido el régimen de la potencia preponderante en Europa. Felicitemonos de que los heroicos combates de Federico ahogaran en su cuna á aquella monarquía universal. No somos entusiastas del régimen prusiano, ni aún cuando tenga á un Federico al frente del Estado. Pero al menos el protestantismo, que allí domina, era un elemento de libertad que fructificó. La libertad de pensar primeramente, la libertad política después, germinaron en el suelo preparado por la reforma, al paso que el Austria continuó viviendo con una existencia vegetativa, hasta que llegó el día en que el soplo de las revoluciones removió aquel cuerpo inerte para disolverle y reanimarle.

¿Se debe celebrar á Federico como al autor de los beneficios que resultaron de la lucha heroica que sostuvo contra la Europa? En medio de las vicisitudes de la guerra de los Siete años, Pitt decía que el rey de Prusia era el baluarte más firme contra la liga más poderosa y más peligrosa que ha amenazado jamás á la libertad del género humano (1). Es preciso aquí, como en toda la historia, separar la parte que corresponde á los hombres de la parte que corresponde á Dios. Federico no es el héroe de la humanidad, es el héroe de la Prusia. No se proponía más que un objeto, hacer de la monarquía prusiana una realidad, conquistar para ella un lugar en el mundo. Para conseguir su objeto no retrocedió ante la usurpación ni ante ninguno de los medios que Maquiavelo re-

(1) ELLIS, *Original letters*, t. IV, p. 404.

comienda y que la moral reprueba. Tal fué su política en la guerra de sucesion. En la guerra de los Siete años su papel se eleva, su causa se confunde con la de la independencia de los pequeños Estados, comprometida por la union de las grandes potencias del continente, y el rey tiene conciencia de la grandeza de su mision. Aquí acaba la accion del hombre. Federico no pensó en el desarrollo del libre pensamiento, y mucho ménos en fundar la libertad política. No pensaba ni áun en la libertad alemana; lo que entendia por esto no era más que la conservacion del carcomido edificio de la constitucion germánica. Por lo demas, subyugado completamente por el atractivo del carácter frances, no tenía simpatía alguna hácia el genio alemán; demostraba algo más que indiferencia hácia los esfuerzos que la Alemania hacía en el terreno de la literatura, esfuerzos que debian dar por resultado un magnífico desenvolvimiento de poesía y de pensamiento. Si, como dice *Goethe* (1), las victorias de Federico favorecieron este movimiento, debemos dar gracias á Dios que dirige los destinos de los pueblos, y no al héroe de la guerra de los Siete años.

(1) GOETHE, *Werke*, t. xxv, p. 103, 107, edicion de 1827.

CAPITULO V.

LA FUERZA BRUTA.

SECCION I.—EL REPARTO DE LA POLONIA.

§ I.—La anarquía polaca y los principes de Europa.

El reparto de la Polonia es el crimen y la mancha eterna de la monarquía. En el siglo XVIII los reyes y sus apologistas no se tomaban el trabajo de justificar aquel inaudito atentado. Las cosas han cambiado mucho en el último siglo. Nuestra conciencia no es la de nuestros padres; se subleva contra la muerte de una nacion, lo mismo que se subleva contra un asesinato. Los herederos de los culpables se echan la responsabilidad unos á otros. En cuanto á los escritores políticos, no se contentan con esta excusa, que es la de los criminales más vulgares; quisieran hallar una significacion moral en la muerte de una nacion, no pudiendo creer que la vida de un pueblo dependa, como la de un individuo, de las malas pasiones de cualquier bandido; buscan las causas que produjeron la ruina de la Polonia en la nacion misma que pereció. Si un pueblo de 16 millones de almas, y que ocupaba un territorio tan extenso como la Francia, pereció, debe ser porque contenia gérmenes de muerte. No es que los vecinos de Polonia la han muerto, sino que ella se ha suicidado por una espantosa anarquía. Aceptamos la explicacion, pero no justifica más que á la Providencia. En cuanto